

Junto al río¹

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

Sara esperaba a que su marido volviera. Se había puesto una chaqueta de lana sobre el camión de lino blanco cuya tela holgada ocultaba el vientre redondeado. Se había calzado unos calcetines gruesos para cubrir los pies helados. Miró el reloj. Había sido una noche larga y agitada. Se habían escuchado disparos. Lejos, se dijo. Habían sonado a una distancia considerable. No escuchó sus pasos. Los perros no le advirtieron de su llegada porque se los habían llevado con ellos. Los perros seguían trabajando. Por eso le cogió por sorpresa el sonido de la puerta al abrirse, la brisa fría que cruzó la casa.

—¿Ya estás aquí?

Andrés había regresado. El marido estaba de nuevo en el hogar, ahora que había tan pocos hogares completos. Abundaban las casas en las que faltaba alguien. Alguien que se marchó, o a quien se llevaron a la fuerza.

Claro que estoy aquí, le dijo la mirada de Andrés. ¿Acaso no lo ves? He vuelto. Una vez más he vuelto, y entero. Con una cabeza, dos brazos y dos piernas. Sigo teniendo suerte. Pero no quiso ser cruel, y se limitó a decir que tenía hambre. Estaba muerto de hambre. Llevaban más de nueve horas rastreando el río.

—¿No habéis encontrado nada? -él negó con la cabeza-. ¿Y los disparos?

—Nosotros no encontramos nada. Los de la orilla de al lado, vaya usted a saber.

Sara calentó la carne en salsa que había cocinado pacientemente durante toda la mañana. La



ARANTXA PASKUAL

¹ Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXV “Concurso de Cuentos Villa de Errenteria” organizado por Ereintza Elkar-
tea, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria. El jurado estuvo formado por Antton Obeso Pérez de Calleja, José Antonio
Pérez Aguirre, Ezequiel Seminario, Miguel Harina Mitxelena, presidido por Raúl Guerra Garrido.

carne acompañada de unas patatas cocidas que él no probó porque vinieron a buscarle a la hora de la cena. Se llevaron al marido y los perros. Él comió con hambre. Ella le miraba sin probar bocado. Faltaba poco para que amaneciera.

Andrés lo tenía claro. Cuando todo eso acabara, porque tenía que acabar un día, tarde o temprano, mejor temprano que tarde, se estaba alargando mucho esa situación del demonio, dejarían esa casa y se irán a otro sitio. Buscaría otro trabajo. Aunque fuera difícil y pagaran una miseria. Era fuerte y podía trabajar con las manos. Aprendería a hacer cualquier cosa útil, por ejemplo muebles, baúles, camas, mesas o sillas. Sería bonito tener un trabajo provechoso, que no hiciera daño a nadie. Se imaginó acariciando la madera que se transformaría con su tenacidad en otra cosa. El tacto de la madera. Pensó en el tacto de la madera para no pensar en el frío de los cadáveres que había tenido que trasladar algunas veces. Los muertos al principio no parecían muertos. Cuando tenía que llevarlos a algún sitio, o cuando esperaban a ser enterrados tumbados sobre la hierba, no podía dejar de mirarlos. Le parecía que los muertos a su vez le miraban, y que sólo cuando él se volvía hacia ellos cerraban los ojos para engañarle. Jugaban con él, a pesar de las heridas de bala en el pecho, o en la nuca. A pesar de las piernas destrozadas. Sería bonito hacer cucharas de madera. Tenedores de madera. Cerillas, incluso. Trocitos de madera y un sombrerito de fósforo en la cabeza.

—¿Está buena? -le preguntó Sara- ¡La carne! -añadió ante el gesto de desconcierto de Andrés.

Él asintió mientras rebañaba el plato con un trozo de pan que ya estaba duro.

Entonces sintió cierto rechazo hacia ella, la mujer que se sentaba en frente de él, que le observaba comer. Sara embarazada, aunque todavía apenas se le notaba la tripa que crecía lentamente. Su máxima preocupación era cocinar algo decente. Dar vueltas a un trozo de carne para que se dorara por igual por todas partes. ¿Qué sabía ella del río y sus sombras?

—Sí, está buena, pero no quiero más. Ahora voy a lavarme un poco.

Había sudado y se aseó antes de ponerse el pijama y dejarse caer en la cama. El olor del jabón le gustaba. Sara ya se había acostado y permanecía a su lado, hecha un ovillo, dándole la espalda. ¿Estaría dormida? ¿Qué pensaría Sara de sus ideas? No se lo había contado. Antes hablaban durante

horas, siempre tenían algo que decirse. Pero la guerra ha hecho mella en ellos también, les ha vuelto silenciosos y esquivos. Desconfiados. Y la tristeza, el miedo, se han llevado las palabras insulsas con las que llenaban los días tranquilos. Eso sin contar el inesperado embarazo. Andrés no se lo había tomado bien. Todavía se enfadaba al pensar en ello. Un hijo, precisamente ahora. Una criatura a la que cuidar en esos momentos en los que bastante tenía cada uno con cuidarse a sí mismo. Una nueva preocupación...

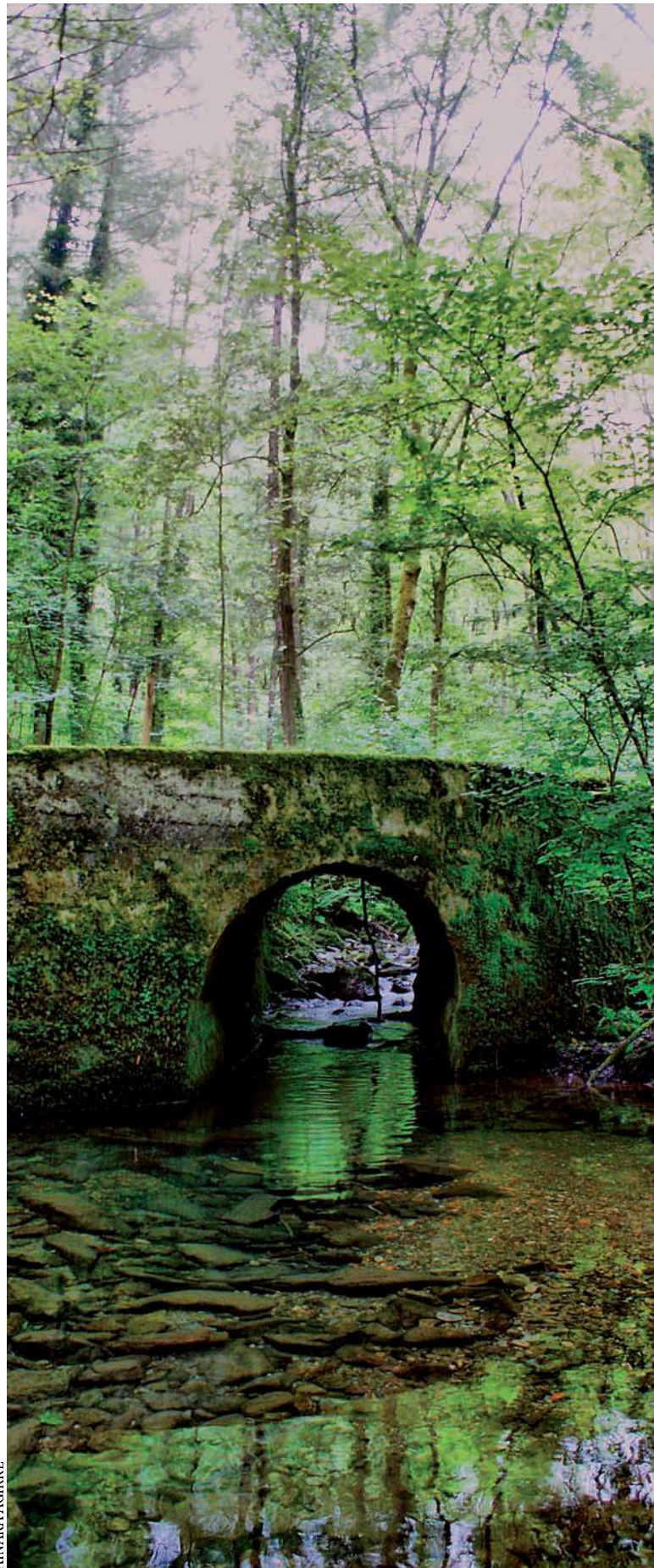
Cuando Sara le dio la noticia, no le dijo nada, pero su mujer entendió. Leyó en sus ojos todo lo que su boca había callado, y supo que él la culpabilizaba, como si hubiera sido asunto de ella traer al hijo. Como si eso se pudiera elegir, el cuándo, el cómo. Sí, Andrés se comportaba como un idiota, pero es que tenía los nervios a flor de piel. El río. El canto del río se confundía con los gritos de los futuros ahogados, allí, en los recodos donde llevaba una cantidad mayor de agua. O incluso en las zonas en las que el agua no alcanzaba la rodilla. Se ahogaban cuando una bota les aplastaba la cabeza bajo el agua. Él no entendía las órdenes, pero las órdenes estaban para cumplirlas. Si no... el paredón. El bosquecillo lleno de tumbas secretas. A pesar del cansancio, Andrés no conseguía conciliar el sueño que le era esquivo.

Sara no se movía. Andrés imaginó que estaba dormida y envidió su descanso. Ella no llevaba su carga de gritos e imágenes. A fin de cuentas, ella no se enteraba de nada, tan sólo se preocupaba de cosas sencillas. Sin embargo él no tenía más remedio que ver lo que no quería ver y hacer lo que odiaba hacer. Ahogarse en tres palmos de agua.... Muertos que le acechaban y que abrían los ojos en cuanto les daba la espalda. El olor a jabón le mareaba, sentía un molesto hormigueo en las piernas, los pies doloridos. Habían recorrido la orilla con los pies dentro del agua y el roce de los calcetines mojados con las botas le había hecho algunas ampollas. La humedad del río, del bosque. Había que esquivar las ramas de los árboles, las raíces traicioneras, y no dejar de buscar en la oscuridad a la presa. Pensó en las cucharas de madera e imaginó su tacto en los dedos. En la lengua, como cuando probaba la comida para ver si estaba bien de sal. Si dejaba el puesto de centinela, ¿qué les esperaba? No sólo pasarían hambre, sino que también dejarían de estar protegidos. A nadie le gusta los que abandonan su puesto. Todos sospechan.

¿Por qué lo habrá hecho?, se preguntan. Tendría que inventarse algo; incluso probablemente deberían de irse lejos. Pero él no sabía todavía trabajar la madera y Sara tenía un hijo en camino. Seguro que Sara prefería quedarse allí. Seguro que elegía la comodidad del puesto fronterizo frente a un futuro incierto. Su propia seguridad, a pesar de los perros y los disparos que algunas noches no la dejaban dormir.

Está dormido, pensó Sara. Ha tardado bastante, pero ya ha conciliado el sueño. Lo siente en su respiración, en la relajación de sus músculos hasta ahora tensos. Ella le ha dado la espalda, a la espera de que Andrés se duerma. Desde que se quedó embarazada no han vuelto a tocarse. Él es así, obstinado, a veces tan testarudo como una mula. Cuando se lo dijo, Andrés se lo tomó muy mal. ¿Acaso no habían hablado muchas veces de los hijos que tendrían? Claro, ella también sabía que aquel no era el mejor momento, pero los hijos llegan cuando llegan. Había que seguir adelante y... al mal tiempo, buena cara. ¿Qué otra cosa podían hacer? Además, la criatura había cambiado a Sara. Desde que empezó a germinar aquella pequeña semilla se sentía de otra manera. Más fuerte, sí. Más despierta... Eso no se lo había dicho a Andrés, entre otras cosas porque él ya no le hablaba apenas, y también porque si el futuro hijo le había hecho a ella más valiente, a él, no había más que verlo, lo había vuelto más miedoso. Andrés. Pobrecillo Andrés. ¡Si al menos tuviera el valor de irse de allí! Pero no, prefería aguantar su miedo a cambio de seguridad.

Sara se incorporó lentamente y observó el perfil de su marido. No dejaba de mirarlo mientras se ponía la chaqueta de lana. Salió de la habitación sin hacer ruido y bajó las escaleras. Entró en la cocina. En uno de los armarios había escondido algunas cosas. Había pan duro, algo de embutido, nueces del otoño anterior. Ella, como una ardilla laboriosa, iba cogiendo cosas que escondía. Para que no se notara, las cogía prudentemente y sobre todo de su propia comida. Le decía a Andrés que ahora comía el doble, que devoraba debido a su estado, pero no era cierto. Escondía la comida en ese armario, detrás de las ollas, envuelta en un trapo. Y ahora, con la comida que había recuperado, bajó al sótano de la casa. El sótano que no utilizaba nadie, ni siquiera Andrés. Sara le había dicho que había ratas, que no se le ocurriera abrir la puerta si no querían que la casa se les llenara de ratas.



AINARA AGIRRE

Su casa limpia y ordenada. Andrés no quería más problemas; bastante tenía ya con ese trabajo de mierda que le estaba quitando el sueño y la vida. ¿Para qué querría él bajar al sótano? ¿Qué se le ha perdido a él allí abajo? Sin embargo Sara, con una vela encendida, bajaba las escaleras. No tenía miedo. No dudaba, a pesar de la oscuridad y del olor a humedad que todo lo llenaba.

El hombre comió. Hubiera deseado hacerlo con tranquilidad, demostrando sus modales, pero no lograba contener la ansiedad. Comió como un perro, o eso pensó luego. Un perro hambriento, bajo la mirada de la mujer que iluminaba su comida con la vela. El hombre masticó el pan duro. Le dio vueltas en la boca para que durara más, antes de tragarlo.

—Ahora te será más fácil cruzar el río.

El hombre se preguntó por qué le ayudaba esa desconocida. Por qué se arriesgaba, si ni siquiera sabía quién era. Pero no se lo iba a preguntar, como tampoco preguntó a los que inventaron las denuncias de dónde surgía tanto odio. Tanta mala baba.

—Todavía siguen buscándote río abajo. No han regresado con los perros y no creo que vuelvan hasta esta tarde.

A Andrés le habían sustituido otros. Cambio de turno. El hombre tenía todavía una posibilidad de llegar al otro lado.

—El tercer recodo del río -le dijo Sara-. A kilómetro y medio. Por allí es más difícil pasar, pero no suele haber vigilancia. Los árboles pueblan la orilla. Tercer recodo, no lo olvides.

La mujer dobló el trapo que contenía los restos de comida.

—Te hará falta luego. Vamos, ahora es el mejor momento -le dijo.

El sueño de Andrés fue muy breve. Despertó angustiado y vio la cama vacía; Sara ya se había levantado. Tenía que volver a dormir; quizás esa misma noche salieran de nuevo a buscar al fugitivo. Andrés tan sólo deseaba hundirse en un sueño pacífico, irse de allí a un lugar tranquilo en el que no sucediera nada. Nada. Pero estaba nervioso. Se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Entonces lo vio; corría hacia la orilla, parecía un anciano. Tenía que ser el hombre que habían estado buscando. ¿Qué hacer? Debería ir tras él. Debería dar la voz de alarma. Pero Andrés volvió a la cama rápidamente. Él estaba dormido, no había visto nada.

Tumbado, sintió el latido de su corazón. La visión del viejo sólo le había provocado lástima. Y cierto asco hacia sí mismo. Cuando se abrió la puerta, permaneció con los ojos cerrados fingiendo el sueño. Sara se acostó a su lado. Ella no le ha visto, pensó. Mejor. Al menos ella no vive con esta angustia, se dijo.

Volvió a ver la fugaz imagen del viejo que corría como un triste conejo, desesperado, intentando salvar la vida. No era gran cosa ahogar a un viejo en tres palmos de agua. Y luego sus ojos se abrirían en la oscuridad para mirarle. Sintió que el aire no le llegaba a los pulmones. Sara tendió su mano hacia él y tocó su costado.

—¿Qué te pasa?, le preguntó Sara.

El llanto sacudía el pecho de Andrés. Que se sentía solo. Que no quería tener un hijo. Que echaba de menos el cuerpo y las palabras de Sara. Se agarró a ella, que se había incorporado, y apoyó la cabeza en su vientre. Permaneció así hasta que el llanto cesó. Luego Sara le secó las lágrimas con sus labios y lo acunó hasta que él cayó en un profundo sueño.